

DÍA 3 DE FEBRERO
Por el P. Juan Croisset, S.J.

SAN BLAS, OBISPO DE SEBASTE DE ARMENIA y MÁRTIR

San Blas, obispo de Sebaste, y mártir, tan célebre en todo el mundo cristiano por el don de los milagros con que le honró Dios, fue del mismo Sebaste, ciudad de Armenia. La pureza de sus costumbres, la dulzura de su natural, su modestia, su prudencia y, sobre todo, su eminente piedad, le granjearon la estimación de todos los buenos.

Empleó en el estudio de la filosofía los primeros años de su vida, y en poco tiempo hizo grandes progresos. Los bellos descubrimientos que adelantó en el estudio de la Naturaleza excitaron su inclinación hacia la medicina; aplicóse á ella, y la poseyó con perfección. Esta profesión le dio motivo para conocer más de cerca las enfermedades y miserias de esta vida, poniéndole en ocasión de hacer más serias reflexiones sobre su caducidad, como también sobre el mérito y sobre la solidez de los bienes eternos.

Penetrado de estos grandes sentimientos, resolvió prevenir los remordimientos que se experimentan á la hora de la muerte, evitándolos con la santidad de una vida verdaderamente cristiana. Pensaba retirarse al desierto, cuando, habiendo muerto el obispo de Sebaste, fue elegido para sucederle, con universal aplauso de toda la ciudad.

La nueva dignidad sólo sirvió para que resaltase con nuevo lustre su virtud, obligándole á entablar una vida más santa. Cuanto más se desvelaba en el cuidado de la salvación de sus ovejas , más se aumentaba el que tenía de la propia. Aplicóse á instruir al pueblo, igualmente

con sus ejemplos que con sus palabras; su vida daba una fuerza maravillosa á su celo, hallando todos en el santo pastor, padre, modelo y guía segura. Era tan grande la inclinación que tenía al retiro, y tan ardiente el deseo de perfeccionarse cada día más y más, que se vio como precisado á esconderse en una gruta, colocada en la cima de una montaña, llamada el monte Argeo, que estaba poco distante de la ciudad.

A pocos días que estuvo en ella, manifestó Dios el mérito extraordinario y la eminente santidad de su fiel siervo con todo género de milagros. No sólo concurrían de todas partes los hombres para que los curase de las dolencias del alma y cuerpo, sino que hasta las mismas fieras salían de sus cavernas y venían á manadas á que el Santo Obispo las echase su bendición y las sanase de los males que las afligían. Si sucedía encontrarle en oración cuando llegaban, esperaban mansamente á la puerta de la gruta sin interrumpirle; pero en todo caso no se retiraban hasta haber logrado que el Santo las bendijese.

Hacia el año 315 vino á Sebaste Agrícola, gobernador de Capadocia y de la menor Armenia, por mandado del emperador Lucinio, con orden de exterminar á todos los cristianos. En cumplimiento de su comisión, luego que entró en la ciudad, mandó que fuesen echados á las fieras todos los cristianos que se hallasen en las prisiones. Para ejecutarse esta sentencia fue menester salir á los bosques comarcanos á caza de leones y tigres. Entraron por el monte Argeo los ministros del gobernador, y dando con la cueva donde estaba retirado San Blas, hallaron á la puerta una multitud de fieras, y vieron al Santo, no sin grande asombro suyo, que estaba haciendo oración en medio de ellas con la mayor tranquilidad. Admirados de suceso tan extraordinario, dieron cuenta al gobernador de lo que acababan de ver,

y, no menos, admirado el mismo gobernador, dio orden á los soldados para que llevasen á su presencia al Santo Obispo. Apenas le intimaron esta orden, cuando, bañado nuestro Santo de una dulcísima alegría: *Vamos, hijos míos, dijo, vamos á derramar nuestra sangre por mi Señor Jesucristo; muchos días ha que suspiro por el martirio, y esta noche me ha dado el Señor á entender que se dignaba aceptar mi sacrificio.*

Luego que corrió la voz de que era conducido nuestro Santo á la ciudad de Sebaste, se inundaron de gente los caminos, concurriendo hasta los mismos gentiles á recibir su bendición, y á que los aliviase de sus males. Una pobre mujer, afligida y desconsolada, rompió como pudo por medio de la muchedumbre, y llena de confianza se arrojó á los pies del Santo, presentándole á un hijo suyo que estaba agonizando, por una espina que se le había atravesado en la garganta, y sin remedio humano le ahogaba. Compadecido el piadosísimo Obispo del triste estado del hijo y del dolor de la madre, levantó los ojos y las manos al Cielo, haciendo esta fervorosa oración: *Dignaos, Señor mío, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, dignaos oír la humilde petición de vuestro siervo, y restituíd á este niño la salud, para que conozca todo el mundo que sólo Vos sois el Señor de la muerte y la vida. Pues Vos sois el Dueño y Soberano de todos, misericordiosamente bondadoso para con todos cuantos invocan vuestro Santo Nombre, humildemente os suplico que todos los que en adelante recurrieren á mí para conseguir de Vos, por la intercesión de vuestro siervo, la curación de semejantes dolencias, experimenten el efecto de su confianza, y sean benignamente oídos y favorablemente despachados.* Apenas acabó el Santo su oración, cuando el muchacho arrojó la espina y quedó del todo sano. Este es el origen de la particular devoción que se tiene á San Blas en todos los males de garganta; y los prodigios que cada día se

experimentan, acreditan la eficacia de su poderosa protección.

Luego que llegó á la ciudad fue presentado al gobernador, quien le mandó que allí mismo, sin réplica y sin dilación, sacrificase á los dioses inmortales. ¡Oh Dios!, exclamó el Santo, ¿para qué das ese nombre á los demonios, que sólo tienen poder para hacernos mal? No hay más que un solo Dios inmortal, todopoderoso y eterno, y ese es el Dios que yo adoro.

Irritado Agrícola con esta respuesta, al instante le hizo apalear con tanta crueldad y por tan largo tiempo, que no se creyó pudiese sobrevivir á este suplicio; pero presto se conoció, por la extraordinaria alegría de su venerable semblante, que alguna fuerza superior y sobrenatural le sostenía. Lleváronle á la cárcel, y en ella obró tantos milagros, que, entrando el gobernador en una especie de furia, mandó le despedazasen las carnes con uñas aceradas, añadiendo heridas á heridas. Corrían arroyos de sangre por todas partes, y siete devotas mujeres procuraban recogerla cuidadosamente: encontraron luego con el premio de su devoción; porque, llevadas ante el gobernador en compañía de dos pequeños infantes, las mandó éste que al momento sacrificasen á los dioses, pena de la vida. Pidieron ellas que se las entregasen los ídolos; y cuando todos creían que iban á sacrificarlos, quedaron atónitos viendo que con valeroso denuedo los arrojaron en una laguna; animosa determinación, que las mereció la corona del martirio, porque allí mismo fueron descabezadas, juntamente con los dos dichosos niños.

Siguiólas presto San Blas; pues, avergonzado el gobernador de verse siempre vencido, mandó que le ahogasen en la misma laguna donde habían sido arrojados los ídolos. Armóse el santo mártir con la señal

de la cruz, y comenzó á caminar sobre las aguas sin hundirse, como pudiera en tierra firme. Llegó á la mitad de la laguna, y, sentándose serenamente en ella, convidó á los infieles que hiciesen otro tanto, si creían que sus dioses tuviesen algún poder. Hubo algunos tan simples ó tan osados que quisieron hacer la prueba; pero muy á costa suya, porque todos se ahogaron. Al mismo tiempo oyó San Blas, una voz que le convidaba á salir de la laguna para recibir la corona del martirio. Hízolo al instante; y apenas salió á tierra, cuando el gobernador, centelleando en cólera, le mandó cortar la cabeza, el año del Señor de 316.

Los favores que Dios ha dispensado á los fieles por su intercesión han hecho muy célebre el culto de nuestro Santo en toda la Iglesia. Los griegos celebran su fiesta; y en muchas ciudades, y aun obispados enteros en la Iglesia latina, es fiesta de precepto por obligación de voto. La ciudad de Ragusa, en Dalmacia, le escogió por primer patrón de su iglesia y de su república, durando cuatro días la fiesta anual con que le solemniza. Otros muchos pueblos le veneran por su tutelar. En los despoblados y en los campos son muchas las ermitas y los humilladeros que están dedicados á nuestro Santo. Los continuos beneficios que cada día se consiguen por su intercesión, sobre todo en males de garganta y en enfermedades de niños y de animales, no han contribuido poco á extender la devoción con San Blas, y á encender la piadosa ansia con que en todo el mundo cristiano se solicitan sus reliquias.

Nótase que Aeció, antiguo médico de Grecia, entre los remedios que señala para el mal de garganta recomienda singularmente la devoción con San Blas, como una medicina pronta, eficaz y experimentada; lo que acredita cuan antiguo es el recurso á la protección de este gran Santo.

La Misa es en honor de San Blas, y la oración la siguiente:

i Oh Dios, que cada año nos llenas de regocijo con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Blas! Concédenos por tu bondad que, cuando celebramos su nacimiento en el Cielo, nos alegremos con su protección en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: bendito sea el Dios y el Padre Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, para que podamos también nosotros consolar á los que están en cualquiera aflicción por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así también por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instrucción y salud; la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos también nosotros, para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habéis sido participantes de las aflicciones, lo seréis también de la consolación en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES

Si el Padre de las misericordias es nuestro Dios, y si el Dios de toda consolación es nuestro Padre, ¿qué podemos temer? La pobreza, las enfermedades, las persecuciones, las adversidades pueden hacernos

infelices y desgraciados á los ojos de los hombres; pero si Dios nos consuela en nuestras tribulaciones, ¿se podrá tener mucha lástima de nosotros? Este solo nombre de *Padre de las misericordias* debe alentar nuestra confianza aun en medio de nuestros más enormes pecados. Seamos nosotros sus verdaderos, sus fieles siervos, que El mirará por nuestros intereses.

¿Cuántos se ven en el mundo ricos, poderosos, colmados de honras; hartos, por decirlo así, de prosperidades, que con todo eso son hombres infelices? Si hay cruces, si hay mortificaciones interiores que no salen hacia fuera, ¿por qué no habrá también dulzuras y consuelos invisibles? No hay sentido más expuesto á engañarse que los ojos. Se puede decir que todo cuanto se ve en el mundo es alucinación, es engaño; sólo se encuentra verdad y solidez en las promesas de Jesucristo y en su servicio. Las exterioridades de la virtud retraen y aun aterran; pero *gustad y veréis*, dice el Profeta; no os gobernéis precisamente por la vista, sino por el gusto.

Cuanta más parte tuviésemos en los tormentos de Jesucristo, más parte nos tocará en los consuelos que vienen por Jesucristo.

Tiene el mundo sus cruces, pero secas, y sin mérito. Gastan los mundanos los bienes y la salud; padecen mucho cada cual en su estado y condición. Pero ¿quién se lo agradece? La esperanza de los justos es sólida; contados tiene Dios sus cabellos, y no derramarán por su amor una sola lágrima, que no les produzca un torrente de delicias. Sean en buen hora calumniados, menospreciados y perseguidos; ninguna proporción tiene lo que padecen con la grandeza, con el precio, con la duración del premio que los aguarda.

El Evangelio es del cap. 16 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por Mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno según sus obras.

MEDITACIÓN

De los falsos gastos del mundo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el mundo promete lo que no tiene cuando ofrece alegría llena, gusto cumplido, placer puro, y diversión que no fastidie. No tiene el mundo placer que no esté mezclado de amargura; si no le acompaña cuando se logra, le sigue muy de cerca.

Los gustos del mundo propiamente no son más que unas agradables ilusiones; están en la fantasía y no en el corazón; en tanto divierten, en cuanto suspenden por algún tiempo otros enfados y otros cuidados reales; no se les estima por lo que valen, sino por lo que cuestan: con efecto, después de los gastos que se hacen, después de los afanes que se toman para satisfacerse con ellos, ¿se logra esta satisfacción? ¿Se consigue el quedar contento? ¡ Ah, que los gustos del mundo inquietan y alteran! Cuanto más se gustan, menos satisfacen, y más hambre excitan. ¡Qué locura, mi Dios, tener por gusto lo que siempre está acompañado de algún sinsabor, y á lo que nunca deja de seguir un cruel remordimiento!

Aun los placeres más lícitos no son en la realidad placeres; por más que se multipliquen, siempre dejan algún vicio que inquieta. Juegos, saraos, convites, todo

fatiga, todo cansa. Se puede decir que las diversiones del mundo son como aquellas exhalaciones luminosas que se divisan á larga distancia; cuando se corre hacia ellas, se alejan; y cuando parece que ya se tocan con las manos, desaparecen. Pero demos que se las alcance; ¿qué viene á sacarse de ellas? Mucho cansancio, mucha confusión y mucho remordimiento.

No hay que buscar pruebas ni ejemplares fuera de nosotros mismos. ¿Qué gusto puro, sólido, real y que nos satisficiese hemos hallado en el mundo? ¿Cuántas veces, indignados contra nuestra ilusión, hemos abominado de nuestras pasiones y de nuestra concupiscencia? ¿Cuántas veces nos hemos compadecido, nos hemos lastimado de aquellos mismos que nos imitaban en nuestra imprudencia y en nuestros desórdenes?

¡Será posible, Señor, que estas reflexiones no han de remediar jamás un error, una ceguera tantas veces reconocida y confesada! ¡Será posible que, después de haber experimentado tantas veces la vanidad y la amargura de los gustos del mundo, todavía hemos de suspirar por unos gustos tan vacíos y tan amargos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que, para conocer bien la naturaleza de los gustos del mundo, no hay mejor medio que consultar á los que con más hambre los apetecieron, y á los que por más largo tiempo los disfrutaron. Pregunto: ¿estos gustos han hecho, por ventura, feliz á un solo hombre?

Salomón, monarca absoluto del más florido reino del Universo, colmado de honras, lleno de prosperidades, resuelve no negar gusto ni satisfacción alguna á su corazón y á sus sentidos: palacio no sólo magnifico, sino soberbio; jardines deliciosos, mesa espléndida, corte numerosa, pompa, riquezas, suntuosidad, todo el

Universo contribuye á sus delicias; y por tanto dice: *Nada rehusé á mis ojos de cuanto apetecieron: prometí á mi corazón no escasearle gusto alguno de esta vida, y así se lo cumplí; pero, después de todo, ¿qué hallé? Que todo era vanidad de vanidades y aflicción de espíritu.* Nuestra concupiscencia es nuestro tirano. ¡Ah, y cuánta verdad es que el que quiere salvar la vida, ha de perderla! Pocos gustos tiene el mundo que no estén emponzoñados.

No sufre el mundo en su servicio sino á esclavos. ¡ Qué violencia, mi Dios, qué servidumbre, qué prisiones, qué esclavitud en todo, y en todo qué enfados, qué pesadumbre! La mayor, la más grande diversión del mundo, propiamente hablando, sólo viene á consistir en aturdirse, en atolondrarse un mundano para calmar sus inquietudes. El que ignora este secreto es digno de compasión. Sólo se vive en medio del tumulto, y todo el cuidado es huir cada cual, en cierta manera, de sí mismo. El silencio, la quietud, la soledad, vivir con reposo y en sosiego, es un suplicio insufrible. El que se ve á solas consigo se tiene por infeliz. Grite cuanto quisiere el espíritu del mundo contra estas verdades, el corazón le desmiente y la experiencia deshace sensiblemente todos sus sofismas. ¡Ah, Dios mío, y qué desgraciado es quien, fuera de Vos, busca su felicidad y su reposo!

¡Cosa extraña! Está el mundo lleno de quejosos y de infelices; en él todo es abrojos, todo espinas; y, con todo eso, se pretende que ha de ser la región de los placeres. Por el contrario, la herencia de los buenos, aun en esta vida, son los consuelos y la felicidad; así lo asegura Jesucristo; no hay santo que no lo experimente, y, en medio de eso, no se cree, se intenta que no es así.

Consideremos la alegría de un San Blas delante de su cueva y rodeado de fieras apacibles; ó considerémosla en medio de aquella espesa lluvia de palos que sufrió por

amor de Jesucristo. ¿Qué mundano gusto causaría jamás alegría tan pura, consuelo tan dulce, placer tan exquisito?

Mi Dios, aun cuando fuera cierto que el mundo rebose en placeres verdaderos; aun cuando sus delicias fuesen la herencia de sus parciales, ¿había yo de buscar mi felicidad en otra parte que en vuestro santo servicio? Pero siendo cierto que servir a Vos es reinar; siendo innegable que fuera de vuestro servicio no hay placer, no hay gusto verdadero, ¿podré dudar ni por un solo instante si me he de resolver a amaros y servir?

No, Señor; no delibero ni un momento; conozco la falsedad y la nada de todos los gustos del mundo; renunciólos, detestólos de todo mi corazón; no quiero otros que los que se encuentran en amaros sin intermisión y en servir con fidelidad.

JACULATORIAS

i Qué bueno es el Señor para todos los que le sirven con un corazón recto y santo!—Ps. 72.

Para mí no hay, ni apetezco otro placer, que estar unido a mi Dios perpetuamente. —Ibid.

PROPÓSITOS

1. Comienza desde este mismo punto a desterrar de la imaginación estas vanas ideas, que nos representan los gustos del mundo con unos colores tan vivos y tan brillantes; conoce desde luego su vanidad y su ponzoña, mas no te quedes aquí; renuncia eficazmente todos los gustos ilícitos, todas las diversiones profanas, imponiéndote una inviolable ley de no admitir jamás diversión ni gusto que no sea muy lícito y muy piadoso.

Sal al encuentro á todos los artificios del amor propio, que no dejará de amotinarse contra tu resolución; hazte inflexible á todas sus sollicitaciones, y búrlate de sus despiques; constitúyete superior á todo respeto humano, que es la roca donde más frecuentemente se estrellan las mejores resoluciones que tiran á la reforma; te librárá esta generosa determinación de mil zozobras del alma, de mil remordimientos, y no esperarás á la hora de la muerte á recibir los aplausos ni á experimentar el gusto de esta importante victoria. ¡ Cuánto consuelo sentirás en los primeros días de Cuaresma, y aun mañana mismo, de haber emprendido hoy una reforma, una resolución tan generosa!

2. Aun en las diversiones honestas y licitas que de hoy más te permitieres, observa las advertencias siguientes: Primera: nunca te entregues á diversiones de que hayas después de arrepentirte. Segunda: tómalas siempre por algún buen motivo justo y honesto: sean diversión y no empleo, huyendo de dedicarte á ellas con exceso. Tercera: gran cosa sería que las templases siempre con el pensamiento de la muerte: ésta es la mejor triaca contra el veneno del amor propio. Cuarta: sazona toda diversión con la provechosísima salsa de alguna mortificacioncilla: éste es un admirable secreto para nutrir la piedad aun en medio de aquellas diversiones, que parecen más ocasionadas á la distracción. Quinta: en todo caso, aun en los entretenimientos más inocentes, menos ocasionados y más ordinarios, jamás te has de dispensar en la más pequeña regla de la modestia, de la compostura y del decoro. La compostura y la modestia cristianas deben ser el sainete de todas tus diversiones. Sexta: procura que los pobres entren también á la parte en tus fiestas; da de comer á algunos, ó envía la comida á alguna familia pobre y honrada, persuadiéndote *á que convidas á Cristo, convidando á sus amigos.*